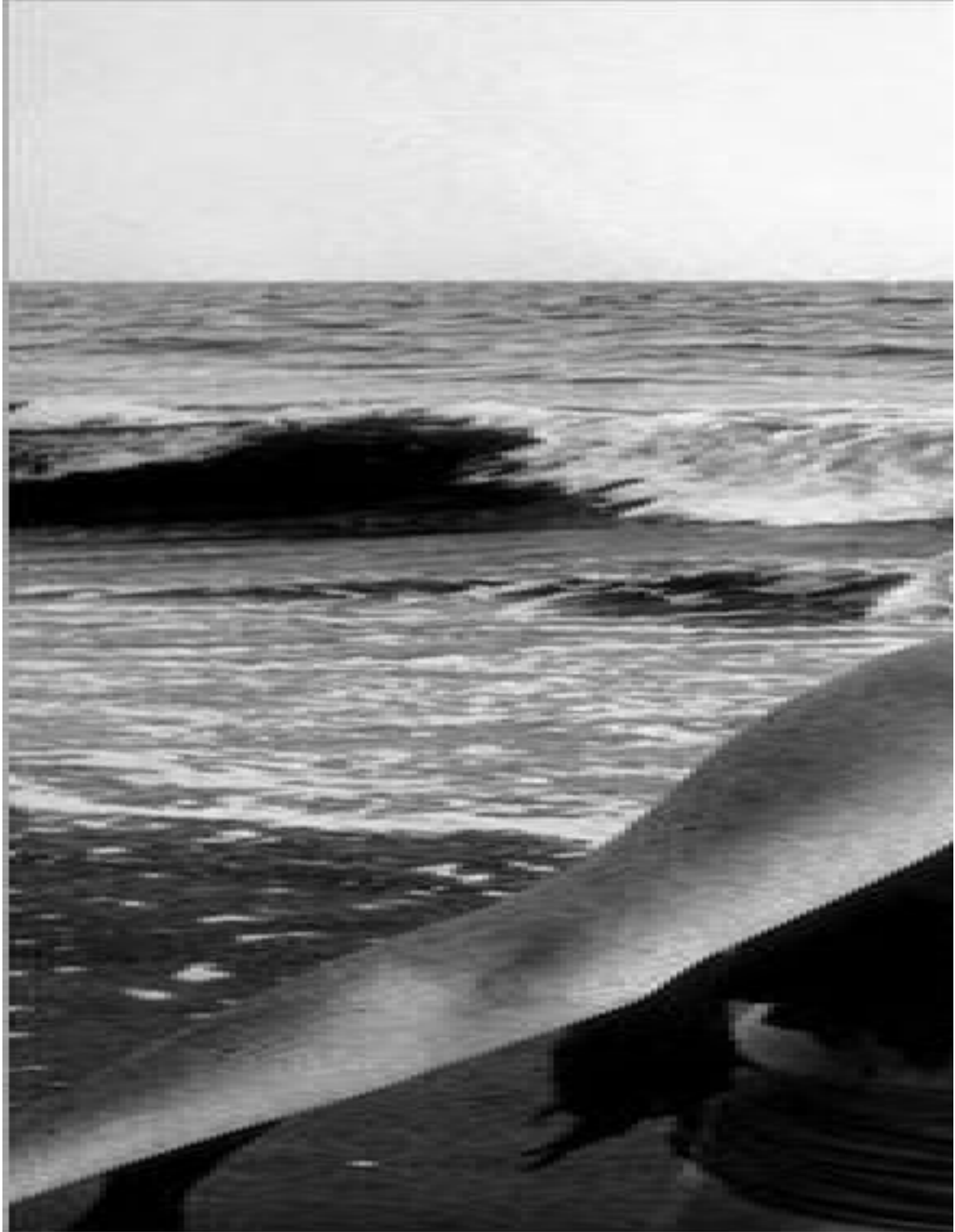


Conversaciones con Marilyn

Fernando Mosteiro Vázquez



Capítulo 1

Desayuno

-Tengo frío. No siento las extremidades y, si me apuras, la vida que construimos como cómplices...

-¿Qué buscas con furibundo empeño, Marilyn? ¿Puede que sea una sensación que te transporte al inicio, al punto de partida?

-Un anhelo, un deseo, un polisíndeton de empatías sinceras y ardientes miradas. Un refugio en mitad de la tundra.

-Yo te recibo como una gran luz perenne, constante y magnánima. ¡Cómo un hombre puede admirar tal belleza y sentirse complacido ante tu tez taciturna e indiferente!

-Lo que observas no es mas que un animal herido de muerte. Toda belleza carga a su espalda una crueldad inabarcable. Los dioses del panteón me han desamparado y con ellos todo refugio.

-Puedo ser tu vigía, tu incendio premeditado, tu faro de Alejandría durante jornadas tenebrosas y lúgubres. ¡Déjame que sea!

-La hoguera de fuego azul es mi principio y fin. Lo que soy y fui se convertirá en ceniza escarchada que regará los prados que fueron mi existencia.

Capítulo 2

Silogismo Vital

19:26 de la tarde. La habitación aún rezumaba whisky reserva y tabaco negro. La noche anterior queríamos que permaneciera en el olvido, como tantos otros días.

Pero volvía a ser una tarde pretenciosa y emocionante. Apurábamos los restos del licor de malta, huérfanos por toda la habitación, y nos preparábamos para otro encuentro con nombres ilustres de la escena artística americana, en la que cualquier apátrida podía encontrar cobijo durante unas escasas horas.

Como de costumbre Marilyn se secaba el pelo como si de un tesoro se tratara, aunque el brillo del mismo no conjuntara con el invierno de sus ojos. Una vez más no pude evitar romper el velo de silencio que reinaba en la estancia:

-Si no estás preparada para afrontar otra reunión de estas, podemos escabullirnos por la escalera de incendios e intentar buscar un sitio tranquilo en esta fatigosa ciudad.

-¿Crees que me queda mejor el tono carmín o el negro azabache? No sé cual escoger.

-Carmín, sin dudar ni un momento.

-Debo asistir a la cena de hoy, Andy está trabajando en una serigrafía que romperá con todos los esquemas actuales. Me pidió expresamente que vaya, que sin mí carecería de sentido toda esta presentación.

- ¿Sobre qué trata?

-No lo sé a ciencia cierta. Solo sé que le encantó mi papel en "*Niágara*" y que le inspiró para realizar algo sobre la película.

-Odias esa película. Siempre me dijiste que no volverías a formar parte de toda esa pantomima. Que te sentiste fatal durante y después del rodaje.

-Ya, pero esto es distinto. Es solo una serigrafía. ¡No le des tanta importancia!

-De acuerdo... Solo quiero que no rememores malos momentos a raíz de

ansias artísticas de terceros.

-No te preocupes. ¡Hoy me veo espléndida! ¿No te parece?

Y sonó el teléfono de la habitación. Era hora del baño de paparazzis y flashes en el hall de entrada del hotel.

Y de verdad que estaba espléndida, pero solo para los demás.

Menuda dicotomía. Por fuera tan **Warhol** y por dentro tan **Pollock**...

Capítulo 3

Gladys

Afuera del Opel Olympia plateado en el que nos encontrábamos, diluviaba como hacía meses que no ocurría en California. El trayecto desde San Bernardino hasta los Ángeles se podía realizar en menos de una hora, pero debido al tráfico y al chaparrón atroz que nos asaltaba parecería que nunca llegaríamos a destino. E igual pudiera ser la opción más sensata entre todas las que imaginamos.

Marilyn acababa de finalizar el rodaje de *"Río sin retorno"*, película en la cual seguía encasillada en el rol de rubia perdida y desorientada en busca del más sagrado de todos los cálices. La compasión.

No es menos verdad que este último film le granjeó una buena solvencia económica y sirvió de gran escaparate para la opinión pública. Hasta se comenta de que protagonizará una portada para una revista, aún en ciernes, de la que todo el mundo habla.

Pero todas esas banalidades ocupaban muy poco espacio en los pensamientos de Marilyn. Como cervatillo confuso en el bosque que no cesa en la búsqueda de su progenitor, intenta encontrar su punto de partida vital y hacerlo refugio. Ese inicio tenía nombre y apellidos: **Gladys** Pearl Baker.

La madre de Norma Jeane Baker, nombre con el que fue bautizada, vivía en un pequeño apartamento en Culver Garden, cerca del paseo de Venice Beach que tanto recordaría Marilyn durante toda su vida.

La lluvia torrencial se acabó convirtiendo en granizo justiciero. Con ello, Marilyn quiso distraerse dando voz a pensamientos que le rondaban la cabeza:

-¿Crees que podremos llegar a casa de madre con la que está cayendo?

-Igual es un aviso para que demos media vuelta. Ya conoces mi opinión sobre esta visita.

-Lo sé, lo sé...

-¿Por qué quieres rememorar viejos fantasmas del pasado? ¿Mas aún si estos van a causarte un daño profundo?

-Necesito comprender porque me abandonó, si todo el sufrimiento que padecí después fue fruto de una negligencia o, al contrario, tuvo un argumento de peso para ello.

-Fuiste violada no una, isino dos veces! Si Gladys no fuera una adicta a los barbitúricos no habrías caído en las manos de esos monstruos o, como aparece en tu historial, "idóneas casas de acogida".

- ... (Sollozos casi mudos envuelven el coche mientras el crepitar del granizo en el parabrisas semeja no tener fin)

-Siento, de veras, la crudeza con que te acabo de decir esto. Pero no el contenido, Marilyn. La responsable de los cimientos de una casa es la arquitecta, y vamos camino a encontrarnos con una de las peores.

-No te preocupes, no te falta razón pero... Sigo teniendo esperanza de ver, tocar y sentir a una madre. A mi madre.

Y ojalá que pudiera reencontrarse con su pilar, su hoguera cálida durante numerosas noches de invierno, que tanto brilló por su ausencia en la vida de Marilyn. Vemos desde lejos la ventana, con luz tenue, del apartamento. Solo se pueden discernir plantas que hace meses perdieron su belleza y aroma.

Muertas.

Capítulo 4

Sísifo

El portal del edificio estaba abierto de par en par, provocando que el granizo pudiera entrar en él y convertirlo en una auténtica pista de hielo. Entramos con sumo cuidado y refugiándonos lo mejor posible de la desapacible tormenta que nos acosaba horas atrás.

Marilyn se quedó dubitativa durante un momento y al fin se atrevió a hablar:

-Creo que es mejor que no subas.

-Entiendo, no te preocupes. Estaría de más allí arriba.

-Exacto. Quiero afrontar este reencuentro yo misma y zanzar todo este asunto de una vez por todas.

-Me alegro, Marilyn, por esta decisión. Igual no va a ser tan mala idea haber venido hasta aquí. Te espero ... Suerte.

Y Marilyn se dispuso a subir las escaleras hacia la casa de su madre. No hubo más comunicación entre nosotros dos pero pude ver, de forma muy clarividente, la carga inmensa con la que afrontaba, primero las escaleras y, segundo, la visita a su madre biológica.

Quedé sentado en el rellano esperándola, pensado en lo que podrían estar hablando y deseando de corazón que Marilyn pudiera encontrar en su madre lo que tanto anhelaba: un refugio en mitad de esta tundra de asfalto. Nido de serpientes venenosas y pendencieras, donde una alma pura no podría encontrar descanso.

Seguía absorto en mis pensamientos cuando el sonido atroz de un portazo me devolvió a la realidad del presente. Marilyn apareció en el rellano como si de un fantasma se tratara, con esa misma aura de misterio que envuelven a estos.

-¿Qué tal estás? ¿Cómo ha ido?

-¿Conoces el mito griego de **Sísifo**?

-Si, pero no sé a que viene en este momento que me preguntes sobre

mitología griega, Marilyn.

-Dime que ocurría en este mito.

-Si insistes... **Sísifo** hizo enfadar a los dioses por su astucia. Como castigo, fue condenado a perder la visión y a cargar perpetuamente un peñasco gigante montaña arriba hasta la cima, sólo para que volviese a caer rodando hasta el valle, desde donde debía recogerlo y cargarlo nuevamente hasta la cumbre y así indefinidamente. Pero dime, ¿que me tienes en ascuas por Dios! No entiendo que tiene que ver todo esto contigo.

-Acabas de definir mi vida entera. Sigo ciega buscando cumbres donde depositar mi dolor perpetuo, sin que este caiga de nuevo sobre mi espalda hiriéndome, ¡si cabe!, aún más. Me quedan tan pocas fuerzas...

Se subió al coche sin decir nada más. No hacía falta, la verdad. No me gustaría volver a ver esa expresión en su rostro de derrota, que clama por un armisticio entre ella y la vida.

La tormenta cesó, pero pareció trasladarse adentro del Opel con el que nos dirigíamos de vuelta a San Bernardino.

Capítulo 5

Perséfone

-Otro Black Label doble, Pete. Que hoy me como la pista-. Pidió Marilyn al barman, con las mejillas sonrojadas. Casi dionisiacas.

-Ahora mismo, señorita-. Mientras servía los hielos en un vaso carolino, aprovechó para entablar conversación.- Este nuevo grupo de Jersey resultan demoledores, ¿no le parece?

-Sin duda. Tienen la energía del mejor Miles Davis y una atmósfera delicada como la de Chet Baker.

A Pete siempre le fascinó el conocimiento de jazz de Marilyn, además de su gran afición tanto al whisky escocés como al bourbon. Aunque, si se piensa mejor, suelen ir bastante de la mano.

Me encontraba sentado en una mesa al fondo del club, desde la cual gozaba de una vista perfecta tanto de la pista de baile como del escenario. Vi a Marilyn alejarse de la barra e indicarme, con un gesto tan suyo, que me uniera a la danza que estaba a punto de estallar.

Hay dos tipos de personas, las que bailan hasta quemar el calzado y las que observan a estas, de una forma voyerista, sin perder ápice del ritual rítmico que allí sucede. Eramos el claro ejemplo de cada una de ellas.

Después de dedicarle una sonrisa debida a tan grata petición, dio comienzo una canción **bebop** que convertiría al local en una auténtica bomba de relojería. Se volvió muy difícil vislumbrar a Marilyn entre toda la turba de gente entregada al baile más salvaje de la noche, pero aparecía de vez en cuando, como un haz de luz en una noche cerrada, la mujer que todo el mundo conocía pero nadie quería. Qué mala jugada.

En mitad de todo este aquelarre, apareció en escena alguien inesperado. Me costó visualizarlo con claridad entre toda la humareda de Winston que reinaba en la sala, pero era él. El fiscal general de los EEUU.

Robert F. **Kennedy**.

Parece extraño que una persona de su alcurnia pueda aparecer en un sitio y ambiente como este, pero todos los humanos guardamos cierto salvajismo en nuestro interior.

Y de repente lo vi claro. No fue una aparición fortuita. La mirada lasciva sobre el cuerpo de Marilyn lo explicaba todo. Por pura impotencia, me sobrevino a la cabeza una imagen tan terrorífica como literaria.

Hades y Perséfone. La historia se volvería a repetir y con ello la llegada del invierno perenne a este mundo.

La ausencia de flor y fruto. La muerte de la tierra.

Capítulo 6

Érase una vez en la América

- ¡Corre, abre la ventanilla y respira el olor a **petricor*** que emana del suelo!- Dijo de forma efusiva Marilyn, con una mueca infantil en su cara.- ¿No te resulta sorprendente?

- Sin duda, a saber cuando fue la última vez que llovió en Utah, y más aún en verano...

- Bah, deja de racionalizar todo y disfruta del momento, ¿no es precioso?

Y lo era, vaya si lo era. Nunca habíamos visto la interestatal 70 dirección Denver con un lienzo de semejante belleza como horizonte. Las nubes, que habían desatado la peor de las tormentas dos horas atrás, se alejaban acobardadas del lugar del crimen; mientras los rayos del sol volvían a calentar el sinuoso asfalto, provocando así un olor tan peculiar como mágico.

Nos encontrábamos camino a Colorado debido al inicio del rodaje de la nueva película de John Huston, *The Misfits*, y, como de costumbre, íbamos con retraso. Los últimos achaques anímicos de Marilyn se volvieron más preocupantes de lo habitual. Su afición a los sedantes mezclados con alcohol se convirtió en un problema de salud grave, pero era la única manera de que volviera a mostrar en su faz una sonrisa y ¿Quién era yo para contradecir al pueblo estadounidense con tal disfrute? Aunque eso fuera conllevar terribles consecuencias...

-¡Oh, mira!- Gritó Marilyn, tratando de traerme de vuelta de mis pensamientos- ¡Caballos!

- Son Mustangs, los señores de las praderas. Auténticos animales salvajes, casi indomables.

Una hembra con dos de sus crías, al trote sobre la arena aún húmeda del estado de Utah, buscando cobijo después de la tormenta. Su ritmo resultaba hipnótico a la par que trepidante. Un auténtico espectáculo de la naturaleza.

- ¿Mustang?¿Por qué ese nombre?- Preguntó Marilyn intrigada.

- "*Mustang*" deriva directamente del vocablo castellano "*mustango*"- Añadí- cuyo significado define a los caballos mestezos en estado salvaje y sin dueño. Estos caballos, en la Castilla del siglo XIII, pasaban a pertenecer a

aquel que lograrse capturarlos.

- No parecen fáciles de domar...

- Es tarea de locos el intentar, siquiera, atrapar a uno.

Se produjo un breve silencio en el coche. Marilyn se quedó pensativa al respecto.

- Quiero ser un mustang- Apostilló con extremada decisión- ¿Por qué nacimos con este disfraz de humanos? No entiendo como puede ser tan complicado sentirse saciada de vida en su plenitud. En su jodida plenitud.

La cara de Marilyn se tornó fría y triste. Era una imagen a la que nunca pude acostumbrarme, aunque fuera el pan nuestro de cada día.

Después de un largo silencio la agarré de la mano, sin quitar los ojos de la carretera, apretando con fuerza su mano contra la mía.

- Algún día, Marilyn, tomaremos estos prados como si fueran nuestros y no habrá horizonte que limite nuestra carrera por ser libres. Como un mustang.

No hubo respuesta por su parte. Solo una leve sonrisa que amanecía entre su boca.

Un sonrisa que no era de este mundo.

* **Petricor** es un nombre dado al olor que se produce al caer la lluvia en los suelos secos, equivalente al popular «tierra mojada» o simplemente «olor a lluvia».

Capítulo 7

Kynosoura

Yellowstone. Ese era nuestro destino.

Por primera vez en mucho tiempo íbamos a descansar y sentir la naturaleza en todo su esplendor. Marilyn siempre se consideró una persona bucólica en esencia, aunque su tormentosa experiencia vital le privara de disfrutar de ella y sus inquietudes más íntimas.

Nos comportábamos como adolescentes traviesos, superando los distintos puestos de vigilancia con la intención de acampar en pleno corazón del parque. Nos sentíamos como la primigenia Eva en el paraíso, aceptando la manzana del pecado capital de manos de la tentación que nos hizo humanos y, por ende, imperfectos. Pero la sensación de libertad que eso genera...

Después de un par de horas de senderismo y de paisajes que sobrecogerían a cualquiera, encontramos un sitio más que idóneo para pasar la noche. Un pequeño lecho uniforme de césped, rodeado de gigantes secuoyas, conformaría nuestro pequeño refugio hasta la mañana venidera. La cercanía a un pequeño arroyo nos proporcionaba una banda sonora inconfundible:

El crepitar de los pequeños peces y anfibios que poblaban ese diminuto hábitat nos seducía y nos hacía recordar viejos recuerdos de la infancia, cuando todo se reducía al mero hecho de vivir, sin notas a pie de página.

La luz empezaba a escasear y la urgencia por encender una hoguera crecía de manera inversa a la misma, pero un servidor no era muy diestro en tales lides.

-¡Pero que torpe eres!, eres más cosmopolita que yo, ¡que ya es decir!- Gritó Marilyn con tanta malicia como ternura.- Anda y déjame a mí, que si es por ti nos morimos congelados esta noche.

-Inténtalo tú, ilista! Ya que tan confiada te veo. Y espero que no provoques un nuevo incendio en Roma- Las miradas y gestos jocosos abundaban en el momento. Ya no recordábamos lo que era sentirnos nosotros mismos. Era triste, pero en la jungla de asfalto de donde proveníamos no dejábamos, en ningún solo momento, de desempeñar un rol ante las cámaras y nuestros más allegados. ¿Y todo para qué?

-Ya verás, a la antigua usanza. ¡Como hacían en el Neolítico!- Y extrajo de su bolsillo un Zippo que relucía ante los últimos rayos de sol del día que daba a su fin.- ¡Esto no te lo esperabas, eh!

-Serás...- Y una risa contagiosa nos invadió a ambos, resonando con eco en el bosque que nos rodeaba.

Me dispuse a sacar un cigarro de la cajetilla y sentarme en un pequeño tronco que asomaba entre nuestro campamento improvisado. Una vez acabó de encender la hoguera, Marilyn se unió a mi pequeño remanso de paz.

-Es fantástico este momento, ¿A que sí? Aquí y ahora, nada más. Ni rodajes, ni entrevistas, ni más pantomimas por el estilo.- La brisa empezó a correr con levedad entre las secuoyas, trayéndonos con ella más sonidos autóctonos.

-Sin duda. Es todo un lujo al que no podemos acostumbrarnos, así que intentemos disfrutarlo al máximo.

-¿Y por qué no? No entiendo porque la gente necesita "escapar" de su rutina. Es una rueda, un círculo vicioso que no nos aporta nada más que insatisfacción, que nos acaba convirtiendo en autómatas teledirigidos. Y a saber por quién.

-¿Quieres decir con esto que odias tu trabajo?- Contesté- ¡Si conseguiste lo que mucha gente anhela! No creo que estés siendo justa contigo ahora mismo.

-Oh si, por primera vez empiezo a serlo. Muchas veces deseo, desde lo mas hondo de mis entrañas, desandar lo andado y volver a empezar. Aunque tenga un temor atroz al punto de partida...

El cigarrillo se acababa de consumir, y con él los últimos rayos del sol. Me quedé pensativo, sin saber que contestar a Marilyn al respecto. El cacareo de un pájaro hizo que tornara mi vista hacia el cielo, descubriéndose para mi una bóveda celeste digna de los dioses.

-¿Ves aquel grupo de estrellas, Marilyn?- Le pregunté intentando desviar el tema de conversación.

-Si. La Osa Mayor, ¿no? La que semeja un carrito de bebé.

-Exacto- Le respondí.- Y al lado se encuentra la Osa Menor. Esta tenía gran importancia en la antigüedad porque, en su comienzo o final; depende como se vea, se puede vislumbrar la estrella Polar.

-¿La que marca el Norte?- Preguntó Marilyn con curiosidad.

-La misma. Los navegantes griegos la llamaban **Kynosoura**, cuyo significado es «la cola del perro». Sin ella no podrían haberse guiado por todo el Mediterráneo en noches cerradas como esta.

Marilyn se quedó absorta mirando fijamente a la estrella, pensativa, sin pestañear ni un momento.

-¿Crees que puede existir una persona que nos guíe en la vida como **Kynosoura** a los griegos en la mar?- Preguntó sin dejar de mirar al cielo.

-No creo. Y si la hubiera podría ser muy peligrosa para uno mismo, ¿no?

Y el silencio nocturno nos engulló a los dos mientras observábamos el océano de estrellas, vigilantes, que nos salvaguardaban. De repente Marilyn se levantó y se dirigió a su tienda, sin mediar palabra. Parecía que guardaba algo en su interior, algo que acarreaba desde siempre para sí.

Con el tiempo me di cuenta, pero tarde. Si hubiera prestado más atención, si me hubiera preocupado como debí hacerlo, no pasaría por alto todos esos pensamientos que verbalizaba con dulzura; pero cargados de cicuta. No me dí cuenta de que eran continuos S.O.S desde lo más profundo de su ser.

Igual, y solo igual, no hubiera muerto un 5 de Agosto de 1962. En una habitación tan fría como aquella noche en Yellowstone.

Capítulo 8

Fedro

La noche se precipitaba sobre el set de rodaje y con ella un frío gélido. Las últimas escenas de *The Misfits* se llevaban a cabo en el desierto de Nevada, a unas temperaturas extremas en las cuales, tanto Marilyn como Clark, sufrían a la hora de interpretar. Prestos, y con el beneplácito de John, nos dispusimos a conducir de vuelta al hotel.

Durante las últimas 2 semanas de rodaje el trabajo se concentraba en las horas centrales del día, debido a exigencias del guión, lo que nos permitía disfrutar de largas veladas nocturnas en la habitación de Arthur Miller (guionista de la película y marido de Marilyn), siempre amenizadas por un par de botellas de Johnnie Walker y varias cajas de Winston. Como bien decía Clark, la inspiración nunca te abordará en la cama.

Una vez llegamos, Clark no tardó en abrir la primera de las dos botellas y empezó a escarciar su líquido en cuatro vasos con sus respectivos hielos. Ese sonido inconfundible auguraba otra noche en vela, en la que intentaríamos arreglar el mundo o sumirlo en el peor de sus destinos, si cabe, aún más.

Clark empezó a hablar, como era costumbre, sobre alguna duda respecto a la película en la que trabajábamos:

-No sé que pensará John al respecto, pero creo que estamos forzando la historia de amor entre mi personaje y el de Marilyn, ¿no te parece Arthur?

-¿Tú crees?- Preguntó dubitativo Arthur.- Pienso que la estamos enfocando de manera correcta. Repara en que no es amor al uso, romántico, aunque tu personaje crea que sí.

-Es como el amor de una hija hacia su padre- apostilló Marilyn con firmeza.- Con ciertos tintes de complejo de **Edipo**, sin duda. Pero he ahí la tensión al fin y al cabo.

-Exacto- Añadió Arthur- piensa que Roslyn (personaje de Marilyn en *The Misfits*) busca, desesperada e inconscientemente, una figura paternal, que le persigue por su ausencia desde que era una niña.

Marilyn tragó saliva. Conocía esa historia de sobra. La confianza que le sugería Arthur le había ayudado a abrirse con él como nunca lo hiciera en su vida con nadie. Eso, sin duda, le ayudó, pero a veces se sentía como

una pequeña rata de laboratorio, presa de los experimentos que su actual marido podría llevar a cabo con ella, o sobre ella, ejerciendo su oficio de dramaturgo.

- Entonces- interrumpí la conversación mientras exhalaba una bocanada de humo- esa historia de amor de la que habla Clark versa sobre la necesidad fruto de una carencia. ¿Realmente se puede llamar amor?

Reinó el silencio durante unos segundos en la estancia. El chasquido del hielo contra el vidrio era el único *leitmotiv* sonoro que persistía.

-¿Qué es sino el amor que la búsqueda de alguien que nos salve?- apuntó Clark- Ya vivimos en un mundo demasiado caótico como para complicarnos con esto.

-¿Complicarse?- preguntó de forma inquisitoria Marilyn- algunos no gozamos del lujo de poder elegir con qué complicarnos. Es más, en el amor solo hay dos caminos. El de armisticio por tu parte, con todas sus consecuencias, como si se tratara de algo divino, o la anestesia. En el amor no hay complicaciones sino decisiones.

La mirada siguiente de Marilyn hacia Arthur fue demoledora. Uno de muchos tantos auxilios que Marilyn externalizaba desde lo mas hondo de su ser. Si existía algo que la pudiera salvar, aquello era el amor. En toda su esencia. Claudicar ante él desnuda, de rodillas. Solo así. Solo así.

-Estarás de acuerdo conmigo, querida- añadió Arthur a modo de defensa- que el concepto amor es muy amplio, una idea podríamos decir. Idea que tiene infinitas manifestaciones en nuestro mundo y que, casi siempre, se nos escapa de entre los dedos. Es un manantial de agua cristalina, de excelsa hermosura, que nos prometen como real, tangible.

-¿Y esa búsqueda eterna del manantial, como tú dices, no resulta ser el manantial en sí?- pregunté airadamente- En el propio camino se halla la idea. La mera necesidad de tocar, ver al amor, denota debilidad humana. Al igual que respiramos aire que no vemos ni tocamos, el amor nos alimenta desde la idea, no desde su manifestación física.

-¿Sabéis qué?- Interrumpió Clark- Un servidor se va a llevar esta botella a su cuarto y, cuando la acabe, seguro que estaré disfrutando de las vistas al manantial del que habláis. Que paséis una buena noche, o lo que queda de ella.

Clark se dirigió hacia la salida no sin antes derramar whisky por la alfombra del pasillo. Aproveché el momento para despedirme de Arthur y Marilyn y recordarles el itinerario del rodaje de mañana. Justo antes de

cerrar la puerta de la habitación, asistí a una imagen más que icónica.

Marilyn, situada en la ventana fumando un cigarrillo, con la mirada perdida hacia el horizonte de Nevada mientras, cabizbajo, Arthur apuraba su último vaso de la noche.

-¡Venga, tómate la última conmigo!- me propuso Clark ya en el pasillo del hotel

-No, gracias Clark, estoy cansado y debo echar un ojo a varios textos para mañana. Buenas noches.

-Como prefieras, iya brindaré por los dos en mi soledad!- Y siguió su serpenteante trayecto hacia su habitación.

Mientras veía marchar a Clark ebrio por el pasillo, me sobrevino un pensamiento poco esperanzador.

¿Somos capaces de amar? Ciertamente somos artesanos de la destrucción.

Capítulo 9

La huida del Kodak

- ¡Marilyn! Denos un momento solo, ¿cómo se encuentra su relación con Joe DiMaggio? ¿Cual fue el motivo de su divorcio?

La avalancha de reporteros y paparazzis a la salida del teatro **Kodak**, en Los Ángeles, nos devolvió a la realidad de súpeto. Con las últimas noticias sobre la vida conyugal y sentimental de Marilyn el bombardeo mediático incrementó sobremanera. Como si percibieran el olor a sangre fresca a millas de distancia, intentando hacer mas leña del árbol caído. Árbol que creció hasta sus copas más altas, pero sin unas raíces fuertes donde sustentar su enorme peso.

- Señorita Monroe, ¿es verdad lo que dicen de sus problemas con el alcohol y ansiolíticos?

- No voy a contestar a ningunas de vuestras preguntas- Contestó Marilyn, intentado ocultar su creciente nerviosismo por la situación- . Por favor, dejen paso.

Pero no había manera de escabullirse de toda esa maraña de buitres que nos rodeaba. Observando que Marilyn pudiera sufrir otro de sus, últimamente, numerosos ataques de pánico en mitad de toda esa gente que únicamente buscaba un titular con el que complacer a sus jefes en sus respectivas redacciones, le susurré al oído a Marilyn:

- Corre. Corramos como esos mustangs que vimos en las llanuras de Utah, ¿Recuerdas?

- Cómo olvidarlo- Respondió. Y esa pequeña sonrisa, tan suya, que derretiría a cualquier ser viviente en el peor de los inviernos, nos dio fuerzas para emprender la huida.

Qué metáfora, todo sea dicho. La vida de Marilyn radicó, desde pequeña, en el encuentro con el **otro**, esa ansiada búsqueda de comprensión y gozo en el semejante. Pero ahora todo era distinto. Huida tras huida, frustración junto decepción sobre todo lo que le rodeaba se convirtió en presente continuo. Ya no teníamos tiempo de valorar el pasado ni de esperar el futuro. Ya no.

Tomamos, como alma que lleva el diablo, Highland Ave y torcimos a la izquierda, por Franklyn Ave, con la esperanza de poder dar esquinazo a nuestros perseguidores. Un vez en esta calle vislumbramos un local, de

pobre aspecto, llamado *Hell's Kitchen*. Nos dispusimos a entrar sin saber muy bien qué nos encontraríamos, pero con el ánimo reforzado porque ya no veíamos a ningún paparazzi a nuestro rebufo.

Una vez dentro, nos sorprendió gratamente lo que encontramos. El local, antiguo y escueto en decoración, resultó ser un salón de baile tribal donde un gran grupo de afroamericanos pasaban una enriquecedora velada los domingos por la noche. El baile grupal que allí realizaban se hacía llamar Kukutamtam. Era una danza centroafricana entregada a los movimientos corporales exacerbados y que, según me comentó el barman después de pedirle un Gin, hacía referencia a la comunión entre el humano y el Sol y la Luna, dioses en aquellas regiones indómitas de África.

Marilyn no dudó ni un instante para unirse a la danza, siendo recibida con los brazos abiertos por aquellos extraños que poblaban el local. Mientras disfrutaba de aquel aquelarre rítmico desde mi posición privilegiada de la barra, entró un hombre que desentonaba, tanto como nosotros, en aquel sitio que de forma azarosa encontramos. La expresión de la cara de este me sorprendió, por lo que me acerqué sin que se diera cuenta.

-*The Times*, ¿no?-. Le pregunté con cierto tono soberbio.

-¿Cómo? Ah, si si, perdone-. La expresión de sorpresa en su cara seguía presente. - ¿Y usted es?

- Un amigo de Marilyn-. Le respondí.- ¿No va a tomar una instantánea de la señorita Monroe en este espectáculo?

- La verdad es que debería, pero no sé si el barman del local está muy por la labor.- La mirada inquisitiva de este último hacia el nuevo visitante carecía de palabras, pero no de significado.

- Si, yo que usted me andaría con cuidado.

- No conocía esta faceta de la señorita Monroe.- Me contestó intentando desviar el tema de conversación.

- No conocéis tantas cosas sobre ella... Pero eso nunca os importó realmente, ¿o me equivoco?-. Le respondí.- Sois máquinas de demolición que, sin pudor alguno, destruis todo lo que tratáis, sin reflexionar sobre las consecuencias de vuestros actos.

El reportero quedó callado, inmóvil, sin perderse un ápice del baile indómito del que Marilyn formaba parte. Al ritmo de la percusión me fui acercando, lento pero firme, y la mano de ella invitó a unirme.

Las miradas que intercambiamos con los allí presentes durante la danza eran profundas. En todos esos ojos negros con los que nos cruzábamos no había juicio alguno. Solo un inmenso abismo de fraternidad y honestidad.

Un sitio que, aunque fuera por un momento, nos devolvió a la sencillez vital que tiene uno en la infancia. Representábamos lo que eramos, no eramos nuestra representación.

Seres plenamente libres, lejos de cualquier depredador.

Capítulo 10

La piel que habita

-¿Lo de siempre, caballero?- preguntó Norman como todas las mañanas de las últimas dos semanas.

-Si, por favor. Aunque el café de hoy que sea doble. Va a ser un día largo.- Le contesté.- y recuerda que estoy pendiente de recibir una llamada importante, ¿Me avisarás?

-Por supuesto señor. Se le hará saber cuando recibamos la llamada, como ayer y antes de ayer.

-Gracias Norman. Eso es todo.- Concluí, viendo como el camarero y en numerosas ocasiones también botones del hotel Hudson se disponía a ordenar mi desayuno habitual a la cocina.

Por las grandes vidrieras del hall del hotel entraba, de manera resplandeciente, los primeros rayos de sol de la mañana y calentaban la estancia como solo puede hacer el sol de invierno. Nos encontrábamos en mitad de Febrero y aún quedaban un par de meses más para que el Central Park volviera a vestirse de innumerables colores y perfumarse de bellos aromas.

Me dispuse a leer el Washington Post mientras esperaba por el desayuno, especialmente la crónica sobre el fin de la guerra en Corea y las labores de apaciguamiento que, según el prestigioso jornal, llevaba a cabo el ejército de los EEUU en el terreno tras el cese de las hostilidades. Esta crónica me despertó mayor interés ya que Marilyn se encontraba allí en este momento, invitada por John Kelly, comandante de las tropas estadounidenses destinadas en suelo coreano, con el objetivo de subir la moral de la tropa.

Marilyn estaba pasando su luna de miel en Japón estas dos últimas semanas, después de su boda con el famoso jugador de béisbol Joe DiMaggio, con que no le pareció mala idea trasladarse varios días a Corea para añadir su pequeño granito de arena en la cruzada anticomunista que se encontraba en ciernes.

La crónica detallaba, con pelos y señales, el show de canto y coreografía con el que Marilyn deleitaba a los más de 100.000 militares allí congregados. En las fotos del reportaje predominaban millares de cabezas color caqui entre las que, desde el escenario, destacaba la imagen de Marilyn que, como si un astro luminoso se tratara, calentaba los tibios

huesos de aquellos soldados con su voz y sonrisa inconfundibles.

- Disculpe señor, la señorita Monroe está en el teléfono 2 de la recepción del hotel preguntando por usted.- Interrumpió mi lectura Norman con su exquisita educación.

- Gracias Norman, si alguna vez llegara a regentar un hotel sería el primero en la plantilla.- le dije, arrebatando así una pequeña mueca graciosa al atento botones-camarero del Hudson.

Dirigiéndome hacia el teléfono de la recepción pensaba en qué hora sería en Corea. Marilyn y yo llegamos al acuerdo, antes de que marchara, de que me llamaría cada noche desde allí, siendo primera hora de la mañana en Nueva York. ¿14 horas, 13 horas de diferencia? No sabría decirlo con certeza. Lo único que tenía seguro es que era una inmensidad de distancia. Demasiada.

- ¡Buenas noches querida! ¿Cómo está todo por el lejano Oriente?

- (...) - Solo se llegaba a escuchar lo que parecían sollozos entrecortados entre lágrimas, y un casi inaudible llanto.

- ¡Marilyn! ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo malo? Tranquila, respira hondo, con calma. Y cuando puedas estoy aquí para escucharte. - Le dije con creciente preocupación sobre lo que podría estar pasando.

- Todo esto... ¿Cómo pude creer que sería buena idea, que podría ayudar a todos estos hombres sin martirizarme? Tenías que haber visto, como vi yo *in situ*, esas miles y miles de miradas sobre mi cuerpo, no sobre mí, si no sobre mi cuerpo. Me he aseado catorce veces hoy y sigo sintiéndome sucia, profanada... - Las palabras salían de su boca tremebunda como un torrente de bilis.

- No te expongas más a estos shows, sé que te preocupas por tus semejantes y que tu intención es siempre la de aliviar sus existencias. Pero no a costa de tu salud, Marilyn. - Le contesté sin saber muy bien si le fuera a servir de ayuda.

- Es esta piel que habito mi juicio y condena, ¿Cómo puedo luchar contra eso?- Sentenció rotundamente. - A veces tengo pesadillas en las que un grupo de personas, que no llego a reconocer, me desollan mientras yo río y río, hasta que me ahogo en mis propias carcajadas y despierto, sudada y temblorosa.

- Vuelve cuanto antes, Marilyn. - Fue lo único que llegué a verbalizar después de tal relato.

- Lo haré, pero no sé de si la misma forma como cuando vine. He de colgar, mañana intentaré llamarte de nuevo, lo necesito como el respirar.

- Aquí estoy, ya lo sabes.

Y con el sonido de una pequeña sonrisa se despidió. La impotencia que me sobrevino justo después fue atroz. No estaba, realmente no estaba cuando más podía necesitarme. Cuando el viento entra furioso por la ventana abierta hay que proteger a la vela para que siga alumbrando.

Pero ella se encontraba en la intemperie.

- Ya tiene en su mesa su café y tostadas, señor.- Dijo Norman interrumpiendo mis pensamientos.

- Gracias Norman, pero no tengo apetito. Ponlo a mi cuenta igualmente.- Le contesté.

- ¿Se encuentra usted bien?. - Me preguntó.

- ¿Hay alguien capaz, en este mundo de locos, de sentirse bien más de dos minutos?

Y sin respuesta a la pregunta me dirigí a la puerta del hotel. Necesitaba sentir los rayos de sol de este caluroso sol de invierno.

Capítulo 11

Happy Birthday, Mr. President

- **Piel y lentejuelas**, es lo que quieres vestir para la ceremonia de hoy - Le dijo Marie Irvine, la maquilladora personal de Marilyn durante los últimos años, inquisitoriamente. - No me resulta adecuado que aparezcas como un trofeo ante todas las personas que van asistir al Madison.

- Marie, te pago para que trabajes no por tus opiniones sobre lo que hago o dejo de hacer.- Le contestó Marilyn de forma tajante. - Además ¿qué te incumbe a ti como me vaya a presentar esta noche? No le des mal vueltas y cóseme el vestido, va a ser la única manera de que aguante toda la velada.- Sentenció, apurando acto seguido su vaso de whisky Macallan.

No recuerdo ningún otro momento en el que Marilyn hubiera tratado a Marie con tanto desdén. Se conocían desde hace muchos años y se habían vuelto muy cercanas. Podría decirse que Marilyn confiaba plenamente en su compañera, la cual estuvo siempre en los buenos momentos, lejanos ya, como en los más horribles. Pero en los últimos tiempos la percepción de Marilyn sobre su círculo cercano empezó a distorsionarse. El creciente consumo de sedantes, alcohol y otras sustancias estaba creando una bomba de relojería icónica. Para más *inri*, su estancia en el hospital psiquiátrico Payne Whitney de Nueva York, en Febrero del año pasado, no había revertido toda esta situación. Pero seguimos sin oler, de forma negligente, el aroma de una flor de loto en ciernes.

El vestido fue diseñado por Jean-Louis Berthault, famoso estilista francés, que aceptó encantado el encargo del mismo. Era un vestido sumamente ceñido al cuerpo, confeccionado en gasa de seda color beis y decorado con dos mil quinientas incrustaciones de cristal cosidas a mano, dando una sensación de transparencia.

¿De transparencia total? No, solo física.

Le advertí una y otra vez que no asistiera al cuadragésimo quinto aniversario de John F. Kennedy. Se iba llevar a cabo mediante una gala conmemorativa en el Madison Square Garden, a la que asistirían en torno a 15.000 personas. Entre todas ellas se iba a dar una gran y sonada ausencia. La de Jacqueline Kennedy.

¿Por qué? Era *vox populi* el pseudo-romance entre Marilyn y John. Romance por llamarlo de alguna manera, mas bien era todo parte de una gran cacería. Se suele decir que la consecución de cualquier caza se basa en el conocimiento del cazador sobre su presa. De conocer la ritualidad del

cazado, sus costumbres, rutinas, acciones y omisiones.

Y Marilyn estaba desamparada, a la intemperie de una gran sabana de carnívoros dispuestos a tomar lo que creen que les pertenece por derecho o, porque no decirlo, por buitres.

Llegó el momento. Marilyn se dispuso a levantarse como pudo del sillón de su camerino, no sin antes tirar al suelo la botella de Macallan casi vacía, derramando el poco licor de malta que quedaba. La agarré del brazo y, mirándole a los ojos, le dije:

- Por favor, aún estás a tiempo. No salgas a ese escenario. Tú no quieres hacer esto, sé que no quieres.

- ¡Tú que sabrás sobre lo que quiero, deseo o anhelo! John se merece este regalo de cumpleaños y más, y no vas a ser quién de impedirme dárselo así que, ¡aparta de mi camino de una vez! - Sentenció Marilyn, empujándome contra la puerta del camerino, sin opción a respuesta.

La vi marcharse hacia el gran estrado, con paso irregular pero firme. No quedaba otra alternativa. Sin saberlo se dirigía hacia lo que siempre repudió durante toda su vida. Un gran escaparate de vidrio translúcido, en el cual no se pudiera discernir el gran dolor que cargaba a sus espaldas su fatigado cuerpo.

Me dispuse a ver la dantesca escena que iba acontecer desde detrás del escenario, ya que no tuve ni el valor de poder mirarla de frente. Acercándose hacia el micro, y con esa inconfundible sonrisa, comenzó a susurrar:

*Happy Birthday to you,
Happy Birthday to you,
Happy Birthday Mr. President,
Happy Birthday to you.*

*Thank's Mr. President
For all the things you've done
The battles you've won
The way you deal with US Steel
And our problems by the ton,
We thank you, so much.
Everybody, Happy Birthday!*

Los 15.000 asistentes, como si de 15.000 Ulises se trataran, enmudecieron ante tal timbre de voz. Grave pero tierno, titubeante pero fuerte, vibrante pero roto.

Me di cuenta de que, de todos los allí presentes, la única persona que no se encontraba atada al mástil del barco era Marilyn. El oscuro océano la llamaba, para engullirla, en el que se ahogaría.

Para convertirse en pasto de los peces.

Capítulo 12

The last sitting (la última sesión)

Aquella tarde de 21 de Junio de 1962 era especialmente calurosa. El ir y venir continuo de vehículos y transeúntes en el *downtown* de Los Ángeles semejaba no tener fin, con lo que no ayudaba a mejorar la sensación de ahogo. Debido a esto último no pude tener la boca cerrada:

- ¿Le parece si la esperamos en la habitación, Bert? Me muero por un trago de agua o de ginebra, me es indiferente.

- ¿Perdona? - Me contestó en un estado de crecientes nervios.- Oh si, disculpa. Con este tráfico apenas le escucho. Subamos, claro. Es la habitación número 261.

Afortunado Bert Stern. fotógrafo novel de la revista **Vogue** que había pegado el pelotazo padre. Después de fotografiar a Elizabeth Taylor en Roma por su película *Cleopatra*, se había tirado a la piscina de lleno y probó suerte con la mas codiciada de todas. Y sin saber muy bien por qué, Marilyn aceptó la propuesta. La última sesión de fotos a la que se ofreció fue hace años atrás, en el 1957, sin guardar un grato recuerdo de aquella.

Bert tenía conocimiento de esto último, igual por eso se encontraba a punto de un ataque de nervios. El mero hecho de tener la oportunidad de contar con Marilyn para su set de fotos podía abrirle un camino glorioso en su profesión o, por el contrario, enterrar su carrera en los mas hondo del cementerio artístico. Había preparado todo para que saliera a pedir de boca. Reservó una suite en el hotel Bel Air (de los preferidos de Marilyn) y tres botellas de Dom Pérignon. Bert había hecho los deberes, de eso no cabía duda alguna.

Una vez arriba en la suite nos sentamos a charlar sobre su carrera profesional, recién iniciada, y a preparar los focos por toda la habitación y el vestuario que iba utilizar Marilyn durante el set. Una vez terminamos, nos sentamos a esperar por la llegada de la actriz. Mientras fumábamos un cigarrillo, Bert abrió otro tema de conversación:

- ¿Cómo es ella? Es decir, perdona por explicarme tan mal ¿Cómo la definirías en pocas palabras a Marilyn?

Seguía como un manojito de nervios el joven fotógrafo. Me quedé pensativo durante unos breves segundos mientras apuraba la última

calada del humeante Winston.

- Hermosa, trágica y compleja. - Le respondí - Hoy vas a conocer a una gran mujer, tenlo por seguro.

Mi respuesta debió sorprenderle de alguna u otra manera, ya que no volvió a hablar. Llevábamos 5 horas esperando a Marilyn hasta que llegó, a las 20:02 de la tarde, a la suite 261 del hotel Bel Air de los Ángeles. Entró solo con su maquilladora, Mary, y su sonrisa inconfundible como carta de presentación.

- Quieres fotografiarme desnuda, ¿verdad? - Preguntó Marilyn con decisión.

- Sería una buena idea, si te parece bien. En todo caso, no estarías totalmente desnuda, tienes varios pañuelos que puedes usar a tu antojo y después vestidos y otras prendas. - Respondió, como no, nervioso como un adolescente en su primera cita Bert.

- ¿Cuánto podrás ver?- Inquirió ella.

- Dependerá de la luz, pero bastante.

- Perfecto, descorchemos la primera de esas botellas que trajiste y empecemos. Nos queda una noche muy larga por delante, joven fotógrafo.- Y dedicándole una risa pícaro a continuación, dio comienzo la sesión.

La habitación se convirtió en un campo de batalla donde, tanto Marilyn como Bert, se enfrascaron en un duelo tan artístico como sensual. La forma en que Marilyn seducía a la cámara no tenía explicación lógica. Parecía que los muebles, lamparas, cama y resto de mobiliario de la suite estuvieran allí única y exclusivamente para que Marilyn se apoyara, los tocara, se tumbara. En este pequeño mundo todo estaba creado y determinado para que Marilyn pudiera transformarse en una Afrodita de oro y plata, una experiencia casi divina.

Bert se fijó en la cicatriz que asomaba en el costado derecho de la actriz. Una operación de vesícula meses atrás le dejó una marca que la convertía en humana, mortal, pero sin manchar un ápice el grado de belleza de Marilyn. Es más, la propia visión de esa cicatriz acabaría denotando una sensación de vulnerabilidad y de fortaleza a la vez para quien la observaba.

Ojalá se pudieran ver tan fácil otras heridas, mucho más profundas que la anterior, que portaba desde casi su nacimiento. Pensé para mis adentros en todas las personas que, en algún momento de su vida, le hicieron daño. Eran muchos, demasiados. Desde el padre que nunca conoció, la

madre que no pudo hacerse cargo de ella, los hombres con los que se relacionó y que tanto sufrimiento le causaron. Como Ícaro, ascendió demasiado alto, sin un Dédalo que le guiara en su trayecto.

La sesión de fotos dio término al amanecer. Un total de 2571 fotos conformaban lo que sería, *a posteriori*, la ópera prima de Bert Stern. Aún no lo sabíamos, pero sería la última sesión de Marilyn.

La luz del sol había llegado acompañada por numerosas nubes que predecían tormenta. Un extraño, e inusual, ambiente húmedo se cernía sobre el verano de la ciudad de los Ángeles.

Bert se acercó a mi, exhausto, y dijo:

- Gracias por la oportunidad, ha sido un honor y un placer indescriptible. Creo que he podido mostrar la faceta más íntima de Marilyn. - Con una actitud más que satisfecha.

- Bert, me alegro que estés contento por tu trabajo pero ni tú ni yo nos hemos, ni siquiera, acercado a su mundo interior.- Le respondí tajante.

Y los dos giramos la cabeza hacia la puerta de la habitación. Marilyn se disponía a marchar, no sin antes dedicarnos una sonrisa digna de una diosa del Olimpo.

Pero los dioses no son mortales. Cinco semanas más tarde aparecería muerta en la cama de su casa de Venice Beach.

Ascendió demasiado alto y su plumaje ardió, precipitándose a las entrañas del más oscuro de los mares.

Como Ícaro.